

# COMUNIDAD SALESIANA

## ANTEQUERA

(MÁLAGA)

5 de Mayo de 1978

Queridos hermanos:

Con la esperanza cristiana en la resurrección, os comunicamos la noticia de la muerte de nuestro querido hermano coadjutor

**Don Antonio Polonio Córdoba**

acaecida el 8 de Enero de 1978, a los 55 años de edad y 36 de profesión religiosa.



Desde hacía años, nuestro hermano venía sufriendo una penosa afección renal. Empeorada sensiblemente ésta, se vio precisado a guardar cama en las familiares fiestas de Navidad. Con vistas a una concienzuda y meticulosa revisión médica de su caso, que podría hacerse, presumiblemente, en un par de fechas, fué internado en el Hospital Municipal de esta ciudad, por expresa decisión del especialista. Era la mañana del 5 de Enero. Pero las esperanzas del doctor se vieron, totalmente, fallidas ya que el paciente dejó de existir a las dos de la madrugada del día mencionado, inexplicablemente para la ciencia, que estimaba conjurado ya el peligro. Le acompañaba en esos imprevisibles últimos momentos su hermano don Francisco quien, no consintiendo se quedara a dormir con el enfermo ningún salesiano de la comunidad local - estaba muy reconocido a la continua y cariñosa asistencia de que era objeto «su Antoñito» a lo largo del día -, lo venía haciendo él mismo todas las noches.

Los funerales fueron una sentida manifestación de duelo por parte de los miembros de la Inspectoría de «Santo Domingo Savio», que acudieron a ellos en un nutrido grupo; como también por parte de los Profesores de esta Escuela Hogar «Sagrado Corazón», de los simpatizantes de la obra salesiana y amigos del finado.

La Misa de Exequias, en el majestuoso marco de la Iglesia de San Juan de Dios, aneja a dicho hospital, concelebrada por un numeroso grupo de sacerdotes tanto salesianos como del clero regular y secular, estuvo presidida por el Vicario Inspectorial, don Cristóbal Villalobos, en representación del P. Inspector-Provincial, don Antonio Calero, ocupado, a la sazón, en las tareas del XXI Capítulo General, en Roma.

Había nacido nuestro hermano Antonio en Montilla (Córdoba), el 21 de Agosto de 1922, en el seno de una familia muy cristiana. Niño aún, ingresó

en el Colegio Salesiano de dicha ciudad, donde se encontraba, según el testimonio de su maestro don Ernesto Olivares, como en su propia casa y se distinguía por su alegre participación en las actividades colegiales y por su dócil obediencia.

Huérfano de padre a los 14 años con dos hermanitos más, sólo Dios podía calibrar el enorme sacrificio que debió hacer su madre cuando, debidamente informada de los deseos del hijo mayor-esperanza de su casa-de consagrarse a la educación de los niños «pobres y abandonados», le permitió ingresar en el Aspirantado Salesiano sito en la ciudad natal.

Por ese tiempo formaba parte de la comunidad salesiana de ese Aspirantado un santo coadjutor, don José Cárdenas, que derrochaba simpatía por los cuatro costados y era tenido por dechado de virtudes y salesianidad. Atraído por la original figura del coadjutor salesiano que tan genialmente encarnaba aquel buen hijo de don Bosco, nuestro Antonio, a quien le bullía en el alma el ansia de la imitación, pasó al Noviciado de San José del Valle (Cádiz), poniéndose bajo la dirección espiritual del inolvidable Padre Montaldo. Al año siguiente, se consagraba al Señor con la emisión de sus primeros votos. Era el 16 de Agosto de 1942.

Desplegó su apostolado juvenil-como maestro y asistente-sucesivamente en Ecija, Utrera (Consolación) y San José del Valle, de donde partió, en 1947, al Colegio de Santa Cruz de Tenerife, testigo de su gran capacidad de servicio alegre, como enfermero y ayudante de la administración, y de su edificante observancia religiosa, a lo largo de 22 años (1947 - 1969).

De su competencia habilidosa y abnegada entrega al cuidado de la enfermería da testimonio el actual Director de aquella casa, don Narciso Núñez: «Esta ocupación en aquellas fechas era sumamente penosa y sacrificada... Abundaban los internos del Cabildo insular, entre los cuales había no pocos subnormales o tarados. A pesar de ello, se supo ganar el aprecio de todos. Por su entrega, dedicación y competencia, el equipo médico había puesto en él toda su confianza, que luego cristalizó para muchos en una verdadera amistad».

«No podemos silenciar - escribe don Germán Yañéz que convivió con nuestro hermano, algunos años, en esa misma casa - su celo en entender a unos y a otros, tanto a salesianos como a niños, derrochando paciencia, delicadeza y atenciones en grado sumo...»

En la enfermería poseía una serie de revistas ilustradas, encuadradas por él mismo, a disposición de sus enfermitos, en los largos días de la convalecencia. Otras veces, se las ingenieraba para entretenérlos contándoles amenos cuentos, en lo que mostraba una extraordinaria habilidad, que reservaba exclusivamente para estas circunstancias. Entre sus pequeños pacientes aparecía como un «niño grande», cuando no hacía las veces de padre bueno para con quienes habían sido abandonados por el propio.

En Santa Cruz de Tenerife le concedió el Señor la gracia de poder celebrar, con exultante júbilo, sus Bodas de Plata de profesión religiosa. Agrade-

cido a Dios por tanto beneficio y con anhelos de permanecer fiel a Don Bosco hasta su muerte, mandó imprimir, como recuerdo de esa efemérides gozosa, unas estampas en que pedía: «Señor, ayúdame y que no desfallezca».

Y el Señor escuchó su oración ferviente de aquel día. Y no desfalleció. Siguió sirviendo a Dios, con renovada e ilusionada entrega, gastando y desgastando su vida, durante 11 años más, por amor a Cristo encarnado en los pequeños.

En el verano de 1969 fue destinado a esta casa de Antequera, en calidad de enfermero y administrador, cargo que desempeñó con escrupulosidad, orden y también dedicación admirable, aunque en los primeros años de estancia en ésta desempeñó, con competencia, la ocupación de profesor de matemáticas. Aquí, a los nueve años de su llegada y a una edad de todavía pleno rendimiento, admirado y apreciado de todos, le llegó la hora de partir a la casa del Padre, en la coyuntura que apuntamos arriba.

«En cuanto a sus últimas horas-son palabras de su hermano don Francisco-, no será fácil olvidar la charla tranquila y reposada que tuvimos 24 horas antes de su muerte. Creo que si a él le sirvió, junto con otras ventajas, para reconciliarse consigo mismo, con Dios y con todos nosotros, a mí me sirvió y me sirve para mirar con serenidad la vida y la muerte. Como testamento espiritual suyo, podría apuntar esta idea:» «Vive la vida intensamente. Aprovecha el momento presente para hacer lo que haces, lo mejor posible. Cumple con tu misión, aquí y ahora, y no te engañes con el espejismo del mañana y del luego... El pasado no depende ya de nosotros y el futuro tal vez no llegue». «Esto, dicho la víspera de su fallecimiento, creo que es importante, y más aún cuando lo ha dicho quien ha dedicado su vida entera a cumplir, hora por hora y minuto tras minuto, una obligación, una misión, un trabajo... que luce poco a nuestra corta vista».

Hermanos: De intentar trazar-aunando ideas desperdigadas acá y allá en esta carta necrológica-la semblanza de este coadjutor salesiano profundamente ejemplar, apuntaríamos estas notas fácilmente reconocibles por cuantos le trajeron.

De temperamento bondadoso y cachazudo, transparentaba una mansedumbre extraordinaria y vivía la vida, normalmente, con un no común sentido del humor al estilo teresiano del «nada te turbe» o, mejor aún, a la manera domboscana. Rasgo suyo muy peculiar era la modestia y humildad que no le permitían, ni inadvertidamente siquiera, dejar escapar una palabra de autoalabanza, a pesar de que sería consciente, lógicamente, de su valía y utilidad en el ritmo de la vida colegial y comunitaria. Otra de sus características sería la sencillez, de la que aparecía índice revelador su fuerte afición por los programas infantiles de la TV, alimento de su fantasía, que luego acertaba a poner al servicio de los chicos en su campo de apostolado específico: la enfermería. De su desprendimiento y desapego de las cosas dan sobrado testimonio los pocos efectos - y éstos de valor escaso - hallados en su habitación después de su muerte, como también su vida toda que desconoció toda es-

pecie de quejas y exigencias. En sus últimos días sufría sólo con pensar que estuviera causando molestias a los demás.

Hijo fiel de Don Bosco trabajador, aparecía como un exacto y ordenado cumplidor de sus personales obligaciones, pero silenciosamente y a ocultas. Poseía el arte de trabajar sin ruidos, sin tocar la trompeta, con sordina. Igual modestia y disimulo observaba en sus manifestaciones piadosas. Pocos hermanos le verían con el rosario en la mano, pero allá quedó, sobre la mesa de su cuarto, bien visible, el signo del amor y la piedad para con la Madre del cielo. Sólo María Auxiliadora podrá saber de su ternura para con Ella, en esos cuartos de hora de diálogo filial.

Desaparecido en plena actividad, su muerte ha producido una enorme sensación de vacío...

Descanse en paz este querido hermano que-amasijo confuso, como todo hombre, de luces y sombras, - se esforzó por hacerlo todo con espíritu de noble precisión y por identificarse con Cristo, el único Ideal absoluto en la vida, contemplado a través de nuestro Padre Don Bosco. Pero mejor estaría decir: Abrigamos la firme esperanza de que ya se halla disfrutando de la paz gozosa del Señor Jesús-tal es la revelación del Evangelio-quien dedicó más de 30 años, su vida entera, podríamos decir, a su servicio con alegre pasión, viéndole en los cuerpos enfermos de niños humildes y desheredados de la fortuna y, a veces, de todo cariño.

Esto es cuanto sabemos y podemos decir de nuestro inolvidable hermano Antonio, arrebatado a nuestra compañía de un modo inesperado. Otros podrían presentar una estampa suya de perfiles más exactos. Supla las lagunas, indulgentemente, su fraternal recuerdo y la propia experiencia de largo trato con él.

Nuestra comunidad continúa orando: por el eterno descanso de su alma y el goce de la luz eterna, junto a Cristo, es cierto; pero también para que esta vida salesiana-la primera tronchada en esta rica vega antequerana-fructifique en apretado haz de vocaciones apostólicas.

No quisiéramos cerrar estas líneas ejemplarizantes sin reiterar nuestro agradecimiento y el de sus familiares, particularmente de su hermano don Francisco, a los Sres. médicos, practicantes y enfermeros por los cuidados solícitos que prestaron a nuestro hermano Antonio ya en el curso de su enfermedad ya en sus últimos días.

Igualmente consideramos una dulce obligación agradecer las muestras de condolencia y las fervorosas oraciones de tantas personas generosas.

Concretamente, celebraron eucaristías en sufragio de su alma las Asociaciones de María Auxiliadora de Antequera, Montilla y Santa Cruz de Tenerife. Páguelas la Virgen de Don Bosco tan piadoso recuerdo.

Os saluda fraternal y cordialmente,

LA COMUNIDAD.

---

#### DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Coadjutor Antonio Polonio Córdoba, nacido en Montilla (Córdoba) el 21 de Agosto de 1922, falleció en Antequera (Málaga), el 8 de Enero de 1978, a los 55 años de edad y 36 de profesión.